

Buenos tratos como forma de prevenir las violencias: la mirada de las personas adultas de la comunidad

Autor(es): Mariela Zyssholtz y Lucía Sucari
Volumen 8, julio 2025.

Esta nota fue escrita en base a un material realizado por Fundación Kaleidos con algunas reflexiones y herramientas para quienes trabajan con primera infancia con el objeto de contribuir a la construcción de espacios que garanticen los buenos tratos hacia todas las personas que los atraviesan. Se puede acceder al mismo haciendo click [aquí](#).

Cuando hablamos de buenos tratos en la primera infancia, no nos referimos solo a una forma amable de vincularnos. Hablamos de una posición ética y política que reconoce a niñas y niños como personas con derechos desde el nacimiento. Por eso, promover los buenos tratos no es solo un gesto de afecto: es una forma de prevenir las violencias y de construir comunidades más justas.

¿Qué es violencia hacia la infancia?

Para comprender qué implica el buen trato, es fundamental identificar las situaciones que constituyen violencia. Muchas veces, las violencias hacia niñas y niños están naturalizadas en nuestra cultura, pero igual generan un impacto en su bienestar y desarrollo.

- El castigo físico es violencia. Chirlos, zamarreos, tirones... no importa cuánta fuerza se aplique: toda forma de agresión sobre el cuerpo vulnera derechos y afecta la confianza y la seguridad emocional.
- El maltrato psicológico y la negligencia también son violencia. Ignorar, humillar, amenazar o manipular con el fin de provocar sufrimiento, así como no responder a las necesidades físicas o emocionales cuando podemos hacerlo, también dañan.

Estas formas de violencia no siempre son visibles, pero dejan marcas. Afectan el modo en que niñas y niños se perciben a sí mismos y a las personas adultas que los rodean.

¿Qué podemos hacer como personas adultas?

Muchas personas adultas que acompañan la crianza —en el hogar, en espacios de cuidado o educativos— se hacen esta pregunta: ¿qué puedo hacer para prevenir las violencias?

Una respuesta posible es empezar a mirar nuestras prácticas. Promover buenos tratos no requiere fórmulas mágicas, pero sí compromiso, escucha y paciencia. Aquí, algunas claves:

- Validar las emociones. Las emociones no aparecen “porque sí”. Son respuestas a lo que vivimos. Parte del buen trato es no minimizar lo que sienten niñas y niños, sino acompañar con empatía: *¿qué le estará pasando?*, *¿cómo puedo ayudarle a sentirse mejor?*

- Comprender el desarrollo. La primera infancia es una etapa de exploración, de aprendizaje, pero también de desborde. Muchas habilidades, como el control de impulsos, aún no están desarrolladas. Entender esto nos permite no esperar comportamientos que no pueden sostener todavía.
- Acompañar las “tormentas emocionales” con calma. Respirar, ubicarse espacialmente a la altura, poner en palabras lo que está pasando, ofrecer contacto o contención. Todo eso es más eficaz —y más humano— que gritar, aislar o amenazar.

¿Y los límites? También son parte del buen trato

Una de las confusiones más comunes cuando hablamos de buenos tratos es pensar que implica “dejar hacer todo”. Pero no: los límites claros y sostenidos son una forma de cuidado, y son esenciales para que niñas y niños se sientan seguros en su entorno.

Poner límites no es lo mismo que castigar. Un límite oportuno no humilla ni amenaza, sino que ofrece contención: no impide avanzar, pero marca hasta dónde es seguro ir.

Algunas claves para poner límites con buen trato:

- Anticipar: avisar qué va a pasar o qué se espera de la situación. Por ejemplo: “En cinco minutos vamos a guardar los juguetes”.
- Nombrar lo que sucede: “Veo que estás muy enojado porque no querés irte de la plaza”.
- Sostener con firmeza, sin violencia: No es necesario gritar ni repetir mil veces. Basta con un tono claro, presencia y coherencia.
- Ofrecer alternativas: “Hoy no se puede salir, pero podemos jugar adentro con las linternas”.

Los límites ayudan a que niñas y niños empiecen a construir su regulación emocional, pero no pueden hacerlo solos. Necesitan que una persona adulta los acompañe, los sostenga, los guíe. No se trata de que las infancias “se porten bien”, sino de enseñar a convivir desde el respeto.

Ni castigos ni premios: enseñar desde el vínculo

Sabemos que los castigos no enseñan. Generan sufrimiento, miedo o resentimiento, pero no ayudan a comprender por qué algo no está bien. Tampoco los premios son



una buena estrategia: cuando una conducta está motivada sólo por una recompensa, no se sostiene en el tiempo.

Lo que sí enseña es el vínculo. El modo en que una persona adulta acompaña, escucha, pone límites con respeto, repara cuando se equivoca y se muestra disponible para las necesidades de niñas y niños.

Una invitación

Construir entornos de buen trato es posible. No requiere perfección, pero sí voluntad de revisar nuestras prácticas, reconocer lo que heredamos y transformarlo. Cada gesto respetuoso, cada vínculo que escucha, cada emoción que encuentra lugar, es un paso hacia infancias más libres y comunidades más cuidadoras.

Y quizás lo más profundo: cuando aprendemos a relacionarnos con las infancias de una manera respetuosa, también estamos cuidando de nosotros/as mismos/as y de los niños y niñas que fuimos.